

Mónica Rodríguez

La niña de los pájaros

*A Fernando, el de enfrente,
que me regaló todos estos pájaros y su memoria.
Y también a Mariana, nuestra hada madrina.*

MÓNICA RODRÍGUEZ

La niña de los pájaros

Ilustraciones de Eva Vázquez

© Lóguez Ediciones 2023
37900 Santa Marta de Tormes (Salamanca)
www.loguezediciones.es
© del texto: Mónica Rodríguez
© de las ilustraciones: Eva Vázquez
ISBN: 978-84-124914-9-4
Depósito legal: S 000-2023
Impreso en España

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com Tfños. 91 308 63 30 - 93 272 04 47).



Lóguez

De pequeño yo tenía pájaros: jilgueros y palomas, polluelos de perdices que atrapaba en el campo y guardaba en la alacena del patio. Tuve un búho, que me regaló un pastor, y pollos de cernícalos, pero yo quería tener una cigüeña. Las veíamos señorear en sus enormes nidos sobre la torre de la iglesia. Hacían sonar sus picos o batían las alas lentamente para remontar y sostener el vuelo sobre los tejados de Calatrava.

Verlas volar era todo un misterio.

A veces acompañaban a los agricultores picoteando sobre la tierra removida. Nosotros corríamos tras ellas y se nos clavaban en los pies descalzos los terrones del campo. Era imposible atraparlas.

Pero yo quería tener una cigüeña. Sorprender con ella a la niña de los pastores errantes, que conocí aquel invierno. También quería que la niña no se fuera con ellos.

Puede que la historia que te voy a contar no te la creas. Puede que pienses que la niña pastora y que mis pájaros, que aquella cigüeña o esa extraña ave que se

perdió en el cielo nunca existieron, pero sucedió como te lo voy a contar, a la luz de estas hojas.

Al menos, así lo recuerdo.

2

Fue hace mucho. Eran los mismos pájaros y eran otros, como el agua de los ríos o el viento. Como las casas que tenían corrales, salones de paso y lilos en el patio, que ya no tienen. Yo era un niño y ahora soy un viejo. Todo hay que mirarlo con esa luz ya ida. Si hay crueldad o magia, entonces no lo eran. No sirven las mismas reglas ni los mismos ojos de este siglo.

Entonces los niños correteábamos por las huertas de Calatrava y las calles sin asfaltar. Jugábamos a apedrearnos y llevábamos latas repletas de renacuajos y de culebras. Lo mismo guardábamos en los bolsillos semillas de cardos para alimentar a los polluelos que desplumábamos gorriones para las cazuelas. Podíamos llorar a escondidas cuando se nos escapaba una urraca o disparar con la escopeta de perdigones a las palomas. Y si nos encontrábamos muerta a una golondrina, la enterrábamos tristísimos, colocando una cruz con dos palos sobre la tierra.

Éramos los señores de Calatrava.
Los niños que matábamos a los pájaros y que los
amábamos.

3

Pero yo quería tener una cigüeña.
En invierno, los nidos vacíos se helaban sobre la
torre de la iglesia o en el tejado de la Casa Grande.
A veces el viento movía las pajas, las arrancaba de cuajo
y caían trozos a nuestros pies. El nido era tan grande
que don Martín, el cura, tenía miedo de que tirara la
torre abajo.

—Tú el nido ni tocarlo —le gritaba la Felisa, la sa-
cristana, que era una mujer pequeña, con un rodete en
el pelo y un manojito de llaves, encargada de tocar las
campanas—. A ver si crees que no van a volver.

Había que verla arremangándose sus faldones ne-
gros y subiendo impetuosa a lo alto de la torre. La Fe-
lisa era una mujer pequeña, sí, pero de armas tomar.
También era una artista. Con ambas manos tiraba de
las cuerdas, tambaleándose de un lado a otro a un rit-
mo frenético y acompasado. Nadie tocaba las campa-
nas como ella.

El sonido de bronce rompía la mañana. En invierno
el agua de la palangana y la toalla del patio se helaban.

Con aquel frío, nos restregábamos la cara y tiritábamos. En casa siempre estaba prendido el fuego. Los días de viento había tanto humo que teníamos que entrar a la cocina agachados.

Padre se perdía por el camino hacia el corralón de las cabras, muy temprano. Madre atizaba el hogar, removía la leche. La capa de nata se le pegaba al cucharón. Después, con los bigotes blancos, Andresico y yo corríamos al colegio.

De camino, nos parábamos a romper los hilos helados del arroyo, frente a casa, y buscábamos ranas para nuestros pájaros.

Las noches llegaban pronto.

La bisabuela María, sentada junto a la lumbre, cabeceaba. El fuego imprimía sombras en sus manos cruzadas sobre el regazo. Eran unas manos muy viejas. La bisabuela María tenía ciento tres años. Ella decía:

—Lo que han visto estos ojos.

Pero ahora estaba casi ciega. Aun así, cada día iba con el burro a la huerta del abuelo. La edad la había hecho diminuta, pero era dura como una piedra. Eso decía Padre.

Ir al baño entonces era un suplicio. Atravesábamos el patio, tiritando, y hacíamos nuestras urgencias en

